

# *Unidad 7.*

## *El libro y las bibliotecas en Europa en el siglo XIX.*

Escolar Sobrino, Hipólito. El siglo XIX. Pp. 527-547. En: Historia universal del libro. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruiperez, 1993.

\_\_\_\_\_. Siglo XIX (I). Pp. 404-431 en: Historia de las bibliotecas. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruiperez; Pirámide, 1990.

## 22.

# El siglo XIX

### Los grandes inventos de la época industrial

El cambio radical que experimentó la sociedad europea a partir de las revoluciones americana y francesa como consecuencia de la desaparición del Antiguo Régimen, el surgimiento de la sociedad industrial y de la ideología liberal, y la triple expansión de la riqueza, de la población y de la enseñanza, tuvo, como es natural, una gran incidencia en la comunicación impresa, en general, y en el libro, en particular. El cambio afectó a la producción, al contenido y a la comercialización del libro.

Por de pronto, éste dejó de ser un instrumento al servicio de una minoría culta y poderosa, y aspiró a alcanzar a sectores cada vez más amplios de la sociedad, lo que obligó a un continuado abaratamiento del precio para que pudieran adquirirlo los nuevos lectores, muchos de los cuales no disponían de recursos económicos abundantes. El abaratamiento se pudo conseguir con el aumento de las tiradas y con la mejora del rendimiento de la producción gracias al empleo de nuevos procedimientos técnicos.

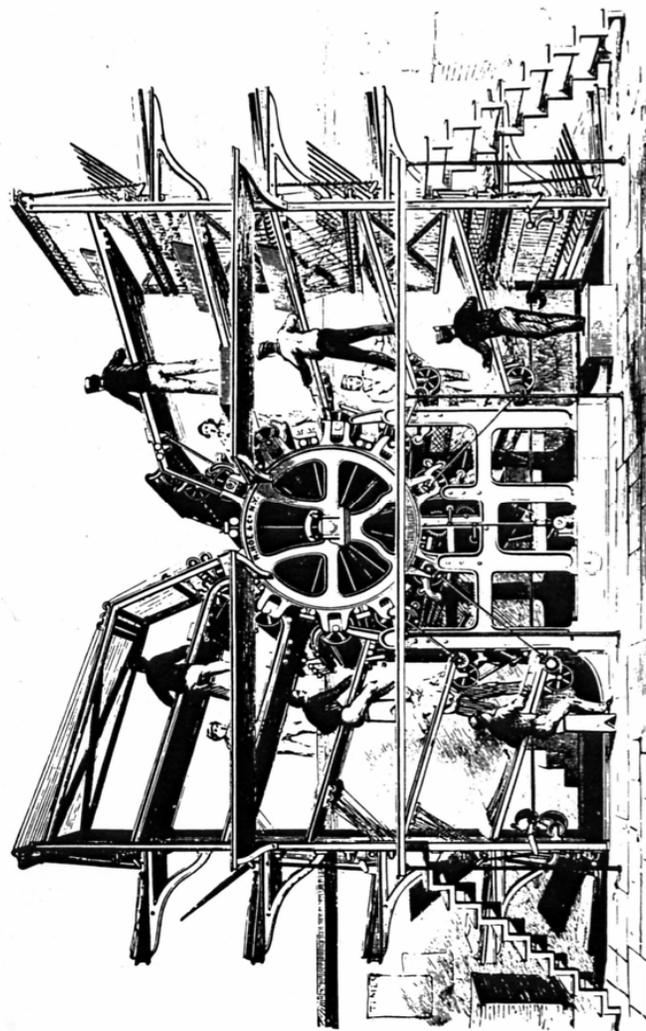
Como hasta el siglo XIX no se habían presentado presiones sociales que afectaran a la funcionalidad del libro, su producción se mantuvo a lo largo de trescientos cincuenta años sin grandes cambios. Se siguió usando el papel verjurado, fabricado hoja a hoja a mano, y la lenta prensa de madera accionada a brazo por un obrero mientras otro entintaba a mano con unas bolas de cuero la plancha con el texto. Continuó haciéndose también a mano la composición tipográfica, que era preciso deshacer al termi-

nar la impresión para distribuir las letras en los cajetines de las cajas y poderlas usar en la composición de nuevas páginas.

Los cambios en el papel se refieren a dos aspectos: fabricación de una hoja continua por medio de máquinas y utilización mayoritaria de pasta de madera como materia prima en vez de trapos. La máquina para la fabricación de papel fue inventada por Nicolás Luis Robert en 1798, en el molino de Essones (Francia), que pertenecía a la familia Didot. Producía unos 1.000 kilos diarios, frente a los escasos 100 que se conseguían con el procedimiento manual, en una tira continua de papel que quedaba enrollada formando una bobina de la que salían, tras los oportunos cortes, las hojas con el tamaño deseado. Aunque el invento se hizo en Francia y la patente la consiguió la poderosa familia Didot, no se pudo utilizar en este país durante algún tiempo a causa de los azares revolucionarios, y las primeras máquinas de papel se construyeron y empezaron a producir en Inglaterra, gracias a los hermanos Fourdrinier.

Por otro lado, como los trapos escaseaban, durante muchos años fue una preocupación continua encontrar una materia abundante que pudiera utilizarse como materia prima y se probó con cortezas, paja y diversas plantas. Al final, se encontró la solución en la pasta de madera, obtenida mediante la trituration y posterior tratamiento con cloro y bisulfitos para conseguir una celulosa pura. Ya en 1719 el físico francés Reamur recomendó el empleo de la pulpa de madera como materia prima para la fabricación de papel, pero su empleo se demoró hasta 1843 cuando el alemán Friederich Gottlob Keller produjo el primer papel a base de ella.

El primer éxito en el intento de aumentar el rendimiento de la vieja prensa de madera se debió al inglés conde de Stanhope, que construyó una en la que la rama que contenía la forma tipográfica y el cuadro que descendía a través del husillo para la impresión eran de hierro y de la misma extensión superficial, lo que proporcionó mayor velocidad al proceso y permitió imprimir de una vez la totalidad de la composición, pues anteriormente, por ser el cuadro menor que la rama, sólo se imprimía media forma de cada golpe. Con una batería de estas máquinas, cada una de



Rotativa empleada para la impresión de *The Times*, 1857.

las cuales podía imprimir 250 hojas a la hora, se imprimió *The Times* londinense los primeros años del siglo XIX. Por cierto que una de las principales motivaciones para la construcción de máquinas de imprimir cada vez más rápidas fue el constante incremento de la venta de este periódico, que obligó a sus directivos a buscarlas con tesón.

Pero la primera máquina de imprimir con resultados realmente satisfactorios se debe al alemán Friederich Koenig (1774-1843), quien en Londres, a donde había emigrado buscando capitalistas que financiaran sus proyectos, construyó una máquina totalmente automática, movida por vapor, que sólo precisaba dos hombres, uno para introducir la hoja en blanco y otro para retirar la impresa. En ella la cama, donde descansaba la composición, era de hierro y estaba sometida a un movimiento horizontal de ida y vuelta por unos carriles. En este camino primero recibía la tinta de un rodillo entintando automáticamente, y luego imprimía el papel sujeto con unas pinzas a un segundo rodillo. Su producción llegaba a 800 ejemplares a la hora. En 1812 Koenig se volvió a Alemania y en un monasterio abandonado, cerca de Wuerzburg, estableció una fábrica de máquinas de imprimir que pronto se hizo famosa en toda Europa.

La bendición que supuso en el terreno cultural y en el económico la introducción de máquinas automáticas movidas por la fuerza del vapor, en vez del esfuerzo humano, encontró oposición entre los trabajadores, que temían perder sus puestos de trabajo, así como en algunos casos entre los propios impresores, que suponían que la impresión hecha por las máquinas sería de peor calidad.

El más importante constructor de máquinas de imprimir en Francia en el siglo XIX fue Hipólito Marinoni, que se dedicó principalmente a fabricar máquinas para la prensa. Construyó en 1872 la primera rotativa francesa que utilizaba bobinas de papel continuo, para el periódico *La Liberté*. Adquirió, más tarde, *Le Petit Journal*, donde instaló 20 rotativas que le permitían imprimir un millón de ejemplares al día. La gran producción de la rotativa no se debía sólo al suministro de papel continuo, sino a que la forma tipográfica iba colocada en un cilindro, lo que no fue posible hasta que se descubrió la estereotipia.

A consecuencia del éxito de algunos libros que se vendían con rapidez y de los que había que sacar pronto una nueva edición, y como no resultaba viable conservar la composición porque se deshacía o empastelaba con facilidad, aparte de que resultaba prohibitivo almacenar todas las letras empleadas en un libro, algunos impresores buscaron un procedimiento de conservar la composición mediante un molde, como el escocés William Ged, que en 1739 editó un Salustio utilizando planchas metálicas en vez de los tipo sueltos, para lo cual había sacado un molde de la composición en escayola.

Ged había intentado, al parecer sin éxito, imprimir por este procedimiento la Biblia y el *Libro de oraciones*, cuya exclusiva tenía la Universidad de Cambridge. De todas formas, el invento le dio quebraderos de cabeza por la oposición que encontró en los obreros de su taller.

El procedimiento no funcionó bien hasta que se encontró, ya avanzado el siglo XIX, una materia apropiada para el molde, el cartón. Sobre la huella dejada en él por la composición se derramaba una aleación metálica líquida, formada a base de plomo, que al enfriarse se solidificaba. La gran ventaja del cartón era su flexibilidad, que permitía darle forma curva (teja), adaptada al cilindro impresor en el caso de las rotativas.

La estereotipia hizo posible las grandes tiradas de los periódicos, pues simultáneamente varias máquinas podían estar imprimiendo el mismo texto, pero también se usó generosamente en la impresión de libros cuyas nuevas ediciones eran previsibles. En España, por ejemplo, este procedimiento lo emplearon Rivadeneira en la *Biblioteca de Autores Españoles* y don Juan Valera, que era el editor de sus propias obras y tenía el texto de éstas en estereotipia, para poder ir haciendo, conforme a la demanda del mercado, nuevas ediciones que entregaba a los libreros para su venta.

Durante la primera mitad del siglo XIX la fiebre del maquinismo alcanzó a la fundición de tipos y a la composición. Los problemas de la primera fueron resueltos en 1878 por Friedrich Wick, empleado de *The Times*, cuya máquina podía fabricar 60.000 tipos bien acabados al día.

La máquina de componer que permitiera una composición más rápida que la manual era una exigencia cada vez más apre-

miente de la prensa, preocupada por la expedita circulación de las noticias. En la primera mitad del siglo se construyeron los primeros prototipos, atacados con violencia por los obreros, aunque con menos furia que la máquina fundidora. Casi medio siglo transcurrió desde la construcción de la primera máquina de componer (1840) por James Young y Adrien Delcambre y la aparición de la linotipia (1886), la máquina que fabricaba líneas de caracteres y resolvía conjunta y perfectamente los problemas de la fundición de tipos y de composición de líneas. En el intervalo, Robert Hattersley y Charles Kastenbein habían construido independientemente unas máquinas de componer, que fueron utilizadas en Inglaterra, pero que precisaban de alguien para justificar las líneas a mano y distribuir después las matrices, también a mano.

El inventor de la linotipia, cuya vida ha durado casi un siglo, fue un relojero alemán emigrado a Estados Unidos, Ottmar Mergenthaler, y el primer periódico que la usó fue el *New York Tribune* (1886). Consistía en un almacén de matrices de latón que contenía letras, números y signos auxiliares, en el que se guardaban las matrices en sus respectivos canales; en un crisol con plomo fundido y en un teclado que mandaba las matrices a un receptor. Cuando éstas habían formado una línea justificada con sus blancos separadores de las palabras, una palanca la acercaba al crisol, de donde salía un chorro de plomo, que inmediatamente se solidificaba y dejaba formada la línea con los caracteres en relieve.

Un año más tarde, en 1887, el norteamericano Tolbert Lanson fabricaba su prototipo de monotipia, aunque la primera con rendimiento efectivo no empezó a funcionar hasta 1897. La monotipia consta de dos partes independientes, el teclado y la fundidora y tiene la ventaja sobre la linotipia de que, al fundir las letras sueltas en vez de agruparlas en líneas, hace la labor de corrección más sencilla, pues no es preciso rehacer la línea entera.

Con estas dos máquinas la velocidad de composición se multiplicó por cinco, pues mientras un buen cajista sólo puede componer unas 2.000 letras a la hora, un linotipista o un monotipista alcanzan las 10.000.

532 Todo ello sin demérito de la calidad de la impresión, aunque en el siglo XIX, como en los precedentes, aparecieron obras

hechas con ligereza, porque el propósito del editor, que ahora solía ser el empresario, y no el impresor, como en los tiempos anteriores, era satisfacer a su público, de muy variada condición y gustos. Pero también aparecieron impresiones lujosas, con bellas ilustraciones, generalmente litográficas, según vamos a ver, y simples ediciones comerciales extremadamente dignas.

### Cambios en la confección y en la presentación

La generalización de los estudios primarios produjo un lector teórico con más capacidad para la lectura de periódicos que de libros, al que era preciso motivar para crear en él el hábito de la lectura. Uno de los procedimientos de atracción fue presentar los libros de forma más grata mediante la división del texto de las páginas en dos columnas semejantes a las de los periódicos, cuya escasa anchura facilitaba la lectura. Otro fue la intercalación de numerosas ilustraciones, también como en las publicaciones periódicas, que podían llenar una página con una finalidad ambiental, especialmente en la portada o en el frontis, pero que normalmente se intercalaban en el texto, precisamente al lado de las palabras en las que se describía la escena, para, al tiempo que se evitaba el terror del lector poco habituado a las páginas exclusivamente de texto, ayudar a la comprensión y facilitar el recuerdo; o adornaban, como viñetas, el comienzo y final de los capítulos.

La ilustración, la imagen, en la que no privaba sólo el valor artístico, resaltó su poder comunicativo reflejando paisajes urbanos y campestres, monumentos, escenas de la vida social y familiar y la psicología de las personas. Por ello, según declaraciones de los contemporáneos, mucha gente buscaba los libros más por las ilustraciones que por el texto, es decir, le resultaba más comprensible la información gráfica. Fue tal la demanda de ilustraciones, que se hicieron libros en los que el texto era una improvisación circunstancial para acompañar a las ilustraciones. Se comprende, por consiguiente, que el siglo XIX haya sido considerado el siglo de la ilustración.

Gracias precisamente a las ilustraciones alcanzaron gran desarrollo los libros infantiles, la gran creación del siglo XIX, para

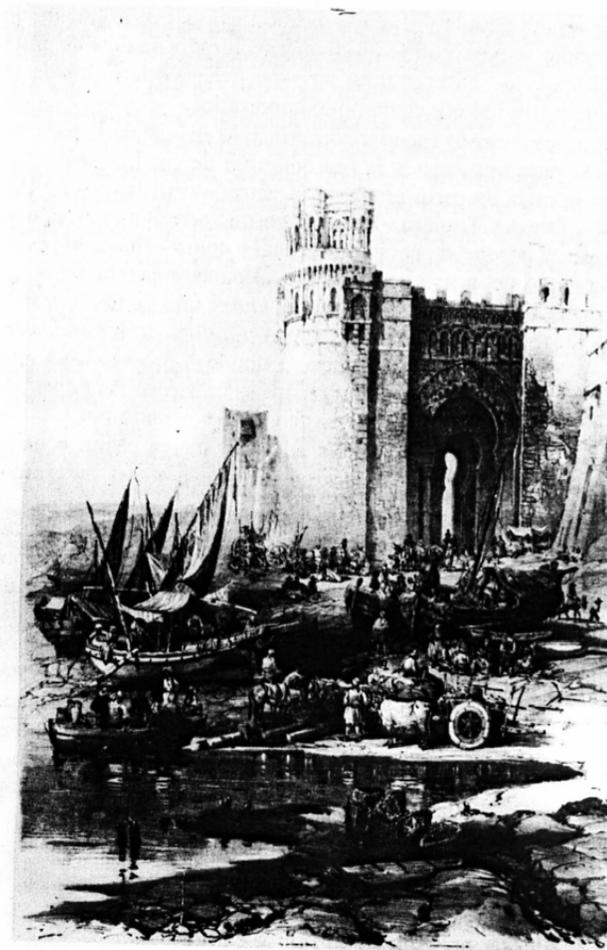
los cuales se utilizó el color. Al principio lo ponían a mano mujeres y niños. Pero ya avanzada la centuria fue solucionado el problema de la reproducción mecánica mediante el procedimiento llamado cromolitografía, que se empleó preferentemente en este tipo de libros y en los religiosos. Por cierto que se produjeron por este procedimiento muchas ilustraciones de mal gusto, que han dado a la palabra cromo un sentido peyorativo.

La gran demanda de ilustraciones produjo cambios en la confección de los grabados, como la resurrección del grabado en madera, que había entrado en desuso después de los tiempos iniciales de la imprenta, y cuya utilidad en la nueva situación surgía del hecho de que, a diferencia del grabado en metal que precisaba una tirada aparte, podía intercalarse en el texto y ser impreso simultáneamente. Su recreador, según hemos visto, fue el inglés Thomas Bewick.

Resultó también muy útil, en el mismo sentido, es decir, para abaratar las tiradas y hacer varias ediciones sin que sufrieran mucho las planchas, el desarrollo del grabado en acero, técnica en la que produjo obras maestras el inglés J. M. W. Turner, como las ilustraciones para *Rivers of England*, *Rivers of France*, *Italy* y *Poemes*, de Samuel Rogers, aparte de almanaques y felicitaciones. Con grabados en acero fueron también ilustradas en Francia *Notre Dame*, de Victor Hugo, 1836, y *Peau de chagrin*, de Balzac, 1838.

Muy característica del siglo XIX es también la litografía o grabado en piedra, descubierta al final del siglo XVIII por el alemán Aloys Senefelder (1771-1834), que tuvo que abandonar, por carencia de recursos económicos, los estudios universitarios e intentó ganarse la vida, tras de fracasar como autor dramático y actor, como impresor. Precisamente la falta de recursos le impulsó a ensayar procedimientos para que la impresión de sus obras le resultara más barata.

La litografía se basa en el poder de ciertos minerales, como la piedra calcárea usada por Senefelder en la mezcla de sus colores, para absorber sustancias orgánicas grasas, y en el del agua para repeler la grasa. El procedimiento consiste en hacer un dibujo en una piedra porosa y darle consistencia con una solución de goma acidulada. Después, en la tirada, sólo recogerá la tinta del rodillo



Litografía o grabado en piedra. Frontispicio de *España Artística y Monumental*, París (1842).

esta parte, pues el resto de la piedra humedecido la rechazará. La piedra resulta pesada y frágil al mismo tiempo, por lo que desde el principio se buscó un sustitutivo, encontrado finalmente en el cinc después de hacer porosa su superficie. Posteriormente el cinc fue sustituido por el aluminio anodizado.

El procedimiento fue usado al principio en Alemania para las publicaciones musicales y la reproducción de cuadros. Más tarde, en Francia despertó gran interés entre los artistas, como Delacroix, Degas y Toulouse-Lautrec, porque permitía matices más delicados y porque el propio dibujo, tal y como había sido hecho por la mano del artista, podía pasar al papel impreso, sin la intervención de la mano del grabador. Quizá uno de los primeros libros ilustrados con litografías fue *Antiquities of Westminster*, de T. J. Smith (1807). En Francia, a donde el proceso llegó más tarde, pero gozó de más popularidad, se utilizó en las *Fables de La Fontaine* en 1818. El *Fausto*, de Goethe, editado por Charles Motte e ilustrado por Delacroix en 1828, marca el inicio de la ilustración romántica y de la gran serie de pintores litógrafos.

Otro gran descubrimiento del siglo XIX, que facilitó la ilustración de periódicos y libros, fue el fotograbado, procedimiento que se deriva de la fotografía y que permite la reproducción de dibujos, textos, estampas y fotografías en una plancha metálica, generalmente de cinc, pero también de otro metal, por la acción química de la luz actuando sobre una preparación superpuesta. Para la reproducción de textos o dibujos se utiliza el llamado grabado de línea; para la de fotografías, el directo o autotipia, así como de retícula o trama, porque para la reproducción se utiliza una retícula o trama consistente en un conjunto de líneas que se cruzan perpendicularmente dejando unos recuadros o puntos, que serán mayores cuanto menor sea la satinación del papel en el que se va a hacer la impresión.

Los editores presentaban los libros en rústica o, cuando éstos podían dar una cierta categoría social y servir para mostrar la cultura o el simple amor a la lectura de la burguesía, los encuadernaban sencillamente en tela, es decir, recubriendo la tapa de cartón con una tela, de forma que pudieran adornar las estanterías de las pequeñas bibliotecas o colecciones familiares. Otras

veces, cuando los libros iban destinados a los niños, se encuadernaban en cartóné, o sea, recubriendo la tapa de cartón con un simple papel, generalmente impreso con ilustraciones en color. En este caso el lomo podía ser reforzado con tela.

Fue la respuesta a la demanda masiva de libros, que no podía atenderse con la encuadernación individualizada. Se la denomina industrial, en serie o editorial. Pero esta encuadernación uniforme y, en general, de poca consistencia realizada por el editor, no satisfacía las apetencias de algunos compradores y lectores, que gustaban de encargar a profesionales una nueva para sus libros.

Este otro tipo de encuadernación hecha a mano o artesanal se denomina de biblioteca y su fin es prolongar la conservación de los libros y mostrar una cierta uniformidad y belleza exterior conseguida a través de los elementos elegidos por el propietario: color de la piel, nervios, tejuelos y dorados. Es corriente la denominada holandesa, que utiliza en el lomo, y a veces en las puntas, piel. En las bibliotecas españolas en otros tiempos fue muy utilizada la llamada pasta española, badana jaspeada, de gran sobriedad, y una variedad de ella, la pasta valenciana, más alegre por ser los jaspeados de colores vivos.

A veces, los compradores de libros, cuando son buenos bibliófilos y ricos, encargan encuadernaciones más artísticas y lujosas, a las que suele llamarse *de amateur*. Los materiales son ricos, los hierros se aplican cuidadosamente y el conjunto suele responder a un estilo artístico o a la fantasía del encuadernador o de un diseñador. Son piezas individualizadas.

Las encuadernaciones de lujo o artísticas se utilizaron desde la aparición del libro impreso para ejemplares destinados a las bibliotecas reales o a las de los individuos de las clases poderosas. En ellas se cubrían las tapas fundamentalmente con pieles ricas, como ante, chagrín, marroquín o piel de Rusia, pero también telas, como terciopelo, brocado, damasco, moaré, seda o raso, que se embellecían con hierros cuyos dibujos sirven para clasificarlas.

Los estilos de las encuadernaciones siguen los del arte de su tiempo. En los primeros años del siglo XIX reinó el estilo imperio, continuador del neoclásico. Otro fue el llamado de rocalla, Luis Felipe en Francia e isabelino en España, con las tapas llenas

de grabados con rocallas y diversos motivos florales y vegetales. Avanzado el siglo XIX aparece el romántico, que supone un cambio total en la estética, inspirada en motivos medievales a los que fue tan aficionada la literatura romántica. Dentro de esta corriente el encuadernador francés José Thouvenin creó uno de sus especímenes más representativos, el denominado catedral, en el que se utilizan fachadas, rosetones y vidrieras, motivos inspirados en las catedrales góticas. Esto supuso un cambio en el tratamiento de la decoración de las tapas, que hasta entonces se había resuelto con composiciones simétricas de carácter geométrico, sin relación alguna con el contenido.

Con el romanticismo se reconoció el principio de que la encuadernación debe estar en consonancia con el texto y se habló de encuadernaciones emblemáticas, para, por ejemplo, libros de arquitectura o navegación, en las que los elementos decorativos quedan claramente identificados con la materia tratada, o parlantes, por ejemplo, para obras literarias, en las que los motivos se refieren a escenas o personajes de la obra.

Hay también un tipo de encuadernación artística de carácter retrospectivo, utilizado para obras antiguas, en el que se imita el estilo imperante en el tiempo en que apareció la obra, aunque naturalmente visto a través de una sensibilidad moderna. Y así nos podemos encontrar en el siglo XIX o en el XX con encuadernaciones españolas imitando el estilo mudéjar o el plateresco o el de abanico, muy utilizado este último en el siglo XVII por los artesanos sevillanos y llamado así porque la decoración consiste en unos abanicos que se abren desde los ángulos y en otro u otros que ocupan el espacio central. También con los estilos más representativos de las encuadernaciones europeas, como las mencionadas aldinias, de Grolier, *à la fanfare*, *cottage*, *dentell*, etcétera.

Recordemos, entre los nombres de los grandes encuadernadores españoles del siglo XIX, al catalán Pedro Domenech y al madrileño Miguel Ginesta. El primero pretendió restaurar el arte de la encuadernación catalana y, además del taller artesanal donde realizó notables encuadernaciones artísticas, dirigió otro de encuadernación comercial en el que produjo gran cantidad de atractivas encuadernaciones en serie. Ginesta destacó en el cultivo de todos los estilos de encuadernación, desde los retrospectivos

hasta los contemporáneos. En el siglo XX sobresalen, entre un par de decenas de buenos encuadernadores, igualmente dos apellidos, Bruguera, Emilio, y su hijo Santiago, en Barcelona, y el racial Antolín Palomino, en Madrid.

## Cambios en el contenido y la comercialización

El contenido del libro sufrió una transformación radical, pues como consecuencia de los adelantos científicos y técnicos, cambió su función primera, la que se le había adjudicado desde los inicios de la escritura, de conservación del pensamiento y de la memoria de la humanidad, para pasar a ser instrumento de la difusión de la información reciente, que lo mismo podía referirse al pensamiento científico y especulativo que a las noticias de actualidad, a lo que les sucedía a los contemporáneos y a los problemas que les preocupaban.

La ciencia, que se había iniciado, entre recelos políticos y religiosos, con paso firme en el siglo XVII y que en el XVIII se ganó la general aceptación, en el XIX alcanzó un espléndido desarrollo, y los conocimientos de la Antigüedad Clásica, de la Edad Media e incluso de los siglos inmediatamente anteriores, parecían pobres balbuceos cuando no un montón de falsedades gratuitas. La ciencia dejó de ser algo estático, sus conocimientos crecieron continua y aceleradamente, y el impreso fue el mejor camino para que conocieran los últimos hallazgos las personas que estaban interesadas en los mismos temas, pero vivían en lugares geográficos alejados.

La literatura de la Antigüedad Clásica era sólo una curiosidad, que se leía, más que por placer, por necesidad cultural. En cambio, las literaturas europeas y especialmente los autores contemporáneos gozaron de general aceptación porque se adaptaban a los gustos y movimientos de la moda, como el romanticismo en la primera mitad del siglo y el naturalismo en la segunda.

La política fue también otra de las obsesiones del hombre decimonónico, que había arrebatado la soberanía a los monarcas y tenía que ejercer sus derechos a través de partidos. La lucha ideológica, que a veces estalló en levantamientos y revoluciones sangrientas o en duelos personales, entre los liberales, abiertos a

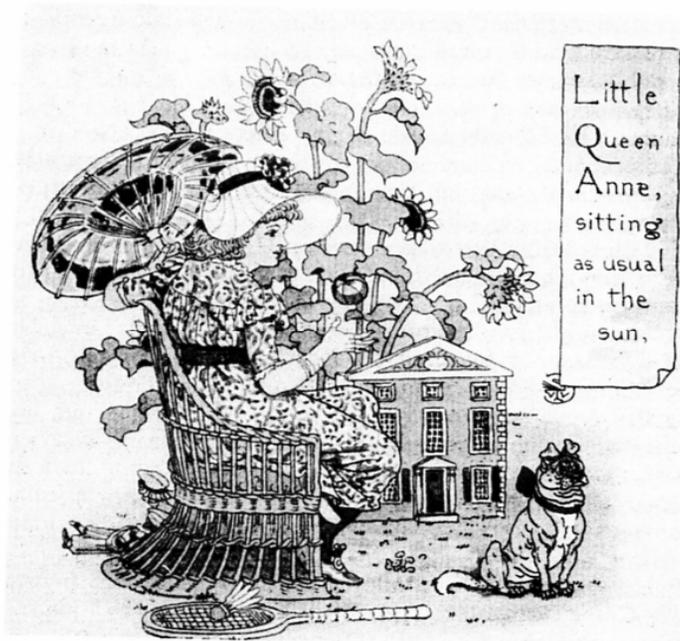
novedades, y los conservadores, más partidarios de mantener en lo posible las formas de vida tradicionales, suscitó gran interés en las clases acomodadas, las que al principio tenían derecho al voto, y dieron lugar a torrentes de tinta que se vertieron principalmente en la prensa.

El romanticismo dominó la parte central del siglo XIX. Fue un movimiento de una gran fuerza, que, además de caracterizar a los estilos artísticos y literarios y buscar la inspiración en motivos medievales, influyó en la sociedad y en sus formas de vida. No fue sólo una reacción contra las normas neoclásicas. En él pueden observarse otros fenómenos como una insatisfacción por la vida real, una explosión de la juventud, el culto a la sensibilidad y al individuo y una manifestación de los valores de la clase media.

En la sociedad romántica, y como consecuencia del protagonismo que la revolución había proporcionado a la burguesía y también al pueblo llano, la ilustración cultiva la caricatura y el humor, por un lado, y por otro, gusta de reflejar instantáneas de la vida corriente como puede observarse en las numerosas ilustraciones con escenas realistas de las novelas, cuya lectura gozaba de abundante clientela. Las obras de los grandes novelistas de estos tiempos, como Balzac, Dickens, los Dumas, Victor Hugo, Harrier Beecher Stove (*Uncle Tom's Cabin*) y Lewis Carroll, aparecieron en ediciones ampliamente ilustradas, generalmente con grabados en madera, que permitían que los grabados figuraran entre el texto, y no sólo en las cabeceras o en los finales, como había sucedido anteriormente. El libro más característico, aunque no el primero, de los románticos concebidos con numerosos grabados fue *Gil Blass*, de Lesage, ilustrado por Jean Gigoux en 1835 con 600 grabados, y el más bello quizá fue la edición realizada por Curmer de *Paul et Virginie*, de Jacques Henri Bernardin de Saint Pierre, con 29 planchas y más de cuatrocientas viñetas grabadas en madera por varios artistas.

Desde mediados del siglo la clase obrera reivindicó sus derechos políticos y, como otros grupos de escasa renta y corta educación, también sus derechos a una literatura propia, adaptada a su capacidad intelectual, a sus gustos y a sus sentimientos.

Surgieron a lo largo de la centuria gran cantidad de obras de divulgación de los conocimientos científicos, geográficos, históri-



Crane, *Little Queen Anne*, London, Evans, 1886.

cos, médicos, etc. También apareció una literatura de aventuras, misterio, intriga y sentimental, que se canalizó a través de los periódicos o de las novelas por entregas, conforme vamos a explicar más adelante.

Específicamente características de los tiempos románticos fueron unas obras denominadas *Fisiologías*, redactadas e ilustradas por los mejores escritores y artistas, en las que se describían los rasgos definitorios de diversos tipos sociales: rentistas, doctores, abogados, estudiantes, sastres, etc. La más famosa de estas publicaciones fue *Les Français peints par eux-mêmes. Encyclopédie moral du XIX siècle*, editada por Curmer en ocho volúmenes con 22 grabados de página entera y unas ochocientas viñetas grabadas en madera por distintos grabadores entre los que sobresalió P. Garvani. Fue un subgénero muy imitado fuera de Francia.

Los libros infantiles de la colección Home Treasury, realizada por Chiswick Press a mediados de la centuria, fueron escritos por autores conocidos, que, quizá por la novedad del género, no se atrevieron a firmarlos con sus nombres, sino con las iniciales. Claro que tampoco consiguieron obras maestras. Con estos *toy-books* se inaugura la literatura infantil, que habría de tener grandes cultivadores en la segunda parte del siglo. Obras que hoy pertenecen a la literatura infantil y que fueron escritas anteriormente, como *Los viajes de Gulliver* o *Robinson Crusoe*, iban dirigidas a los adultos y las versiones para niños que hoy circulan se han hecho aligerando el texto y liberándolo de consideraciones filosóficas.

Entre los grandes ilustradores de libros infantiles figuran Walter Crane, Randolph Caldecott y Kate Greenaway, que trabajaron con notable éxito para el impresor inglés Edmund Evans. Los tres crearon un nuevo tipo de libro para niños que, probablemente, agradó más a los padres que a los hijos, porque la confección había sido realizada cuidadosamente y resultaban extremadamente atractivas sus ilustraciones sentimentales, evocadoras y decorativas.

El nuevo contenido y los nuevos destinatarios motivaron grandes transformaciones en la comercialización del libro, lo mismo que la total desaparición de los gremios medievales, que

permitió a cualquiera establecer una imprenta, abrir una librería o financiar la edición de obras ajenas.

Por otra parte, se fue destacando la figura del editor sobre la del impresor, aunque la mayoría de los editores tuvieran su propio taller, y sobre la del librero, aunque también los editores solieran tener una librería para vender sus propias obras al detall. El impresor se dedicó a trabajos de encargo y el librero fue perdiendo interés por las cada día más caras y arriesgadas empresas editoriales y se limitaba, cuanto más, a distribuir las obras dejadas en depósito por el autor editor, pues a excepción de unos cuantos famosos, la mayoría de los autores si querían ver impresas sus creaciones literarias o científicas, tenían que financiar la impresión.

El editor encontraba dificultades para dar a conocer sus ediciones a un público en aumento constante y que no residía sólo en unas pocas capitales, y tuvo que recurrir a carteles, a anuncios y gacetillas en la prensa, a la publicación de catálogos, al envío de viajantes por las provincias interiores, a la designación de librerías sucursales o representantes y finalmente al servicio de depósito, consistente en el envío de los libros para que fueran liquidados por el librero a medida que los fuera vendiendo, actividades estas últimas que se vieron favorecidas por el desarrollo del ferrocarril y de los medios de transporte por carretera.

Pero el negocio editorial requiere fuertes inversiones de larga recuperación, pues una edición tarda en agotarse varios años, si se agota. La inversión era mucho mayor en el caso de que se utilizara la estereotipia pensando en futuras reediciones, como podía suceder con obras clásicas. Por ello fue un recurso constante la suscripción, sistema que no suponía novedad, pues se había usado en el siglo anterior, por ejemplo, en la venta de la *Enciclopedia*. Esto sólo podía hacerse con obras de muchos volúmenes o con las obras completas de un autor o con colecciones de libros generalmente literarios, pero también de divulgación científica, de características similares en presentación y contenido. La suscripción proporcionaba al editor ingresos previos a la puesta en venta o inmediatos a la misma, con lo que disminuía la inversión. También el riesgo, pues si la suscripción no resultaba suficiente, bastaba con suspender la edición.

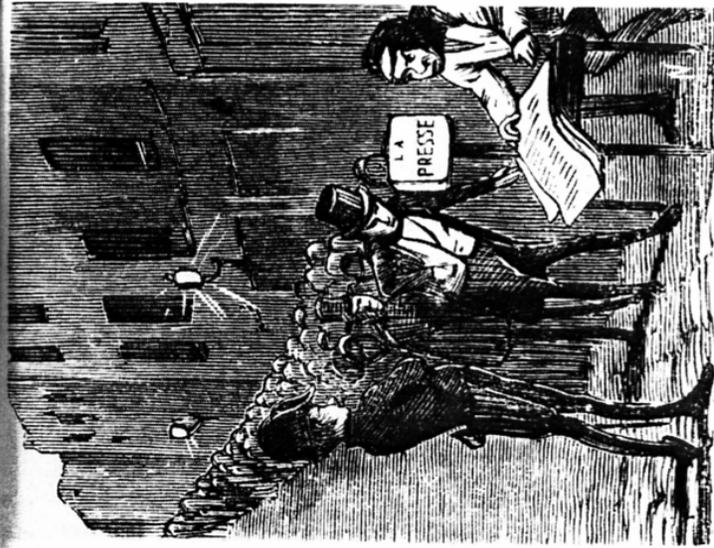
Una nueva forma de comercialización surgió en Francia en las primeras décadas, las entregas o folletín, nombre que al principio se dio a un texto colocado en la parte inferior de los periódicos para que pudiera recortarse y encuadernarse, y que no tenía información política, sino literaria, artística o de sociedad. Después su contenido fue el de novelas de intriga, en las que los grandes reyes fueron los franceses Federico Soulié, Alejandro Dumas y, sobre todo, Eugenio Sue. Fue tan grande el interés que suscitó este tipo de literatura en toda Europa, que algunos editores se decidieron a publicarlas en forma de libro, dando lugar a las entregas, cuyo contenido era igual al de un libro, pero cuya comercialización era la de la prensa: aparición periódica, venta mediante suscripción y bajo coste de cada entrega.

El contenido de las entregas lo mismo podía ser de carácter histórico, de divulgación científica, que puramente literario. Dentro de las de este último carácter apareció un género muy adaptado a las apetencias de las clases modestas, con poca cultura y pocos ingresos económicos, que constituían su mercado.

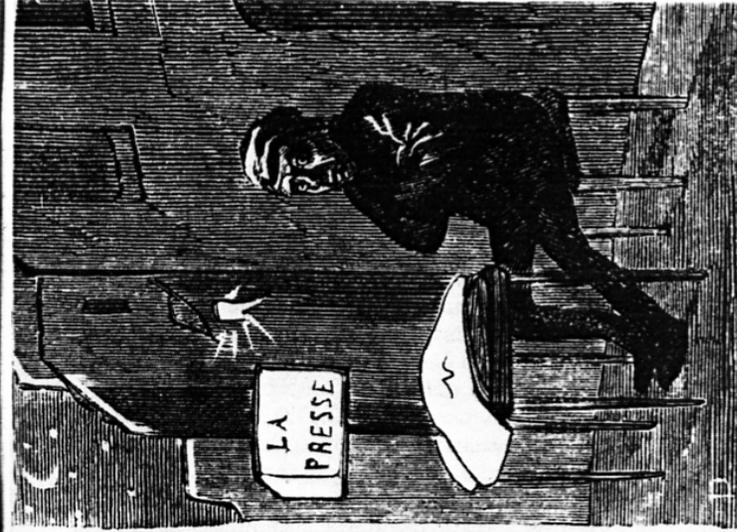
La narración podía ser de carácter histórico, costumbrista, incluso ceñirse a historias de bandidaje, pero en general la estructura era sencilla: un personaje, normalmente femenino y desvalido, reúne en sí todas las buenas cualidades (hermosura, bondad y ternura) y es perseguida, gratuita e injustamente, por el malvado o traidor. Al final es salvada por el héroe o bueno, con frecuencia un apuesto galán, y la aventura acaba en boda. Así el lector ingenuo se compadece e identifica con la protagonista, descarga su resentimiento contra el malo y el triunfo del héroe y la boda proporcionan el final feliz del agrado de la gente sencilla.

Generalmente estaban impresas a dos columnas y llevaban ilustraciones, naturalmente baratas y elementales, pues en general se encargaban a artistas de poca categoría y pretendían ser más funcionales (rápida identificación de los caracteres, descripción de los hechos) que artísticas.

Los editores recurrían a la publicidad para acelerar la suscripción y pagaban con generosidad a los autores, que habían de entregar periódicamente las cuartillas que constituían la entrega semanal y aceptar el que, en caso de enfermedad o cualquier otra imposibilidad, otro autor, designado por el editor, prosiguiera la



Les marchands de la Presse les jours où le feuilleton contient les Mémoires de Dumas.



Les mêmes, les jours du feuilleton de M. Limayrac.

Diferente éxito de venta según el folletín.

obra. Ésta, naturalmente, quedaba propiedad del editor, al dictado del cual escribían los autores halagando y complaciendo a los compradores, recurriendo tanto a motivaciones políticas y religiosas, como literarias, y adaptándose en el nivel de expresión y contenido a la capacidad intelectual y a la emotividad de los posibles compradores.

El interés del nuevo público por la información reciente dio lugar al desarrollo de la prensa, que a lo largo de la centuria le fue ganando lectores al libro hasta ocupar un primer puesto en la circulación de la información impresa. La prensa inglesa fue la pionera en la primera mitad del siglo. Contaba, desde los últimos años del XVIII, con un periódico, *The Times*, fundado por John Walter y dirigido sucesivamente por un hijo y un nieto del mismo nombre. Salido con la pretensión de ser independiente de los partidos políticos, comprendieron sus dueños que lo que más interesaba a los lectores eran las noticias y se preocuparon por obtenerlas con rapidez utilizando correos privados y corresponsales fijos en el extranjero. Su precio era elevado porque iba dirigido a las clases pudientes.

En los años treinta se produjo un gran cambio en la orientación de la prensa gracias al francés Emile Girardin que sacó un periódico, *La Presse*, a mitad de precio, pensando que el poco coste atraería a más compradores y que tras la tirada mayor acudirían más anunciantes. La tirada elevada la consiguió, además, por la publicación de folletines literarios. La salida de *La Presse* había sido precedida por la de unas revistas baratas e ilustradas, como el *Penny Magazine* (1830), financiado por la Sociedad para la instrucción popular, al que siguió el alemán *Pfenning Magazine* (1833). En la siguiente década aparecieron revistas ilustradas con mayores pretensiones como *The Illustrated London News* (1842), *L'Illustration*, de París y *Illustrierte Zeitung* (1843), de Leipzig, y las revistas satíricas, encabezadas por el célebre *Punch* (1841) londinense.

En Nueva York, Benjamín Day creó en 1833 un periódico barato, *Sun*, a dos centavos, pensando, como Girardin, que una gran venta atraería a muchos anunciantes. Sus predicciones fueron ciertas: los 4.000 ejemplares iniciales se convirtieron en 19.000 a los dos años, sobrepasando la tirada del *Times* en 2.000

ejemplares. No recurrió al folletín, pues no había en América tradición literaria, sino a lo que él llamaba narraciones de interés humano (crímenes, catástrofes, dramas, etc.) y otras noticias sensacionalistas. En 1835 Gordon Bennet con la misma fórmula creó el *Morning Herald*, aunque buscó, sin abandonar a los humildes, un público más educado y dio informaciones sociales: teatros, Wall Street, ceremonias religiosas, etc.

En Inglaterra la prensa barata se demoró hasta la década de los cincuenta, cuando se suprimieron los impuestos sobre el papel y los anuncios. El fuego lo abrió el *Daily Telegraph* (1835), cuyo calificativo indica la prioridad concedida a la noticia breve y rápida facilitada por el telégrafo (desde 1845) y por las agencias de noticias que se habían creado: Havas, Reuter y Wolff en Francia, Inglaterra y Alemania, respectivamente.

En la segunda mitad del siglo la prensa experimentó un crecimiento vertiginoso, debido al aumento de lectores por la extensión de la enseñanza, al aumento de los electores, personas naturalmente interesadas en la política, y al crecimiento general de la renta.

Para conseguir lectores los periódicos fueron adaptando su contenido a la preparación y gustos de la mayoría (noticias breves, atención especial a lo sensacionalista, novela folletín, información deportiva, etc.), sin renunciar a editoriales señalando la opinión del periódico o de columnistas ilustres, ni a comentarios largos firmados sobre temas que podíamos considerar de cultura superior. En esta caza del lector los periódicos recurrieron también al premio a través de concursos. Consecuentemente, antes de finalizar el siglo hubo periódicos que alcanzaron tiradas de un millón de ejemplares.

Fue tanto el poder de la prensa, calificada de cuarto poder, que los políticos, conscientes de ello y desaparecida la censura, trataron de ganarse su simpatía o evitar, al menos, su animosidad, recurriendo incluso a los denominados fondos de reptiles. Por ello, a un respeto por el periódico se juntaba un desprecio por el periodista y su venalidad.

### Las bibliotecas públicas en Inglaterra

Uno de los fenómenos más importantes en la historia de las bibliotecas es la aparición de las bibliotecas públicas en los países anglosajones, Estados Unidos e Inglaterra principalmente, a mediados del siglo XIX. Con ellas se pretendía originariamente proporcionar libros para su formación profesional y moral, y también para su recreo, a clases sociales cuyos miembros no tuvieron acceso en los siglos anteriores no ya al libro, sino ni siquiera a la enseñanza. La sociedad industrial, con nuevos puestos de trabajo mejor remunerados y nuevas oportunidades, había proporcionado recursos para estudiar y adquirir libros e incitaciones para mejorar la formación profesional, que llevaba aneja la elevación del nivel de renta, y la formación moral, pues para ascender en la escala social había que adaptarse a los comportamientos y adoptar los valores de las personas acomodadas.

La aparición de estos nuevos lectores, que no eran aristócratas, ni pertenecían a familias ricas, ni eran profesionales de la religión (sacerdotes), ni de la cultura (profesores, escritores, miembros de las profesiones liberales o funcionarios), se pudo advertir por el aumento de las tiradas de la prensa, que arrancó fuerte con el siglo en Inglaterra y que obligó a cambiar las viejas máquinas de los talleres de impresión, empezando por la prensa de madera, que había resistido 350 años porque durante los tres primeros siglos de la imprenta el aumento de los lectores no fue grande. Estos nuevos lectores propiciaron un gran cambio en la industria editorial, que pudo lanzar por primera vez colecciones

de libros baratos porque el precio de producción había disminuido: las máquinas iban a más velocidad, el papel, al mecanizarse su producción, había rebajado notablemente sus precios, y el aumento de tirada permitía una reducción en los costes unitarios.

Tras la demanda de instrucción de las clases populares, vino la de lectura, basada en la idea de que sin disponer de lecturas adecuadas, el esfuerzo de aprender a leer resultaba inútil, y en la de que, dejado el asunto en manos de comerciantes, los lectores serían atrapados por libros malos, que fomentarian sus bajos instintos, les harían concebir vanas ilusiones y les conducirían al desaliento o a la rebelión.

El problema trataron de resolverlo organizaciones religiosas con la pretensión de mejorar la formación espiritual y moral de los lectores; después, asociaciones de usuarios que deseaban fundamentalmente mejorar su formación profesional y cultural. Frente a estos primeros intentos fue abriéndose camino la idea de que el problema era importante, que afectaba a toda la sociedad y que las bibliotecas debían ser para todos y sostenidas con el dinero de la administración pública, y de ahí el nombre que recibieron.

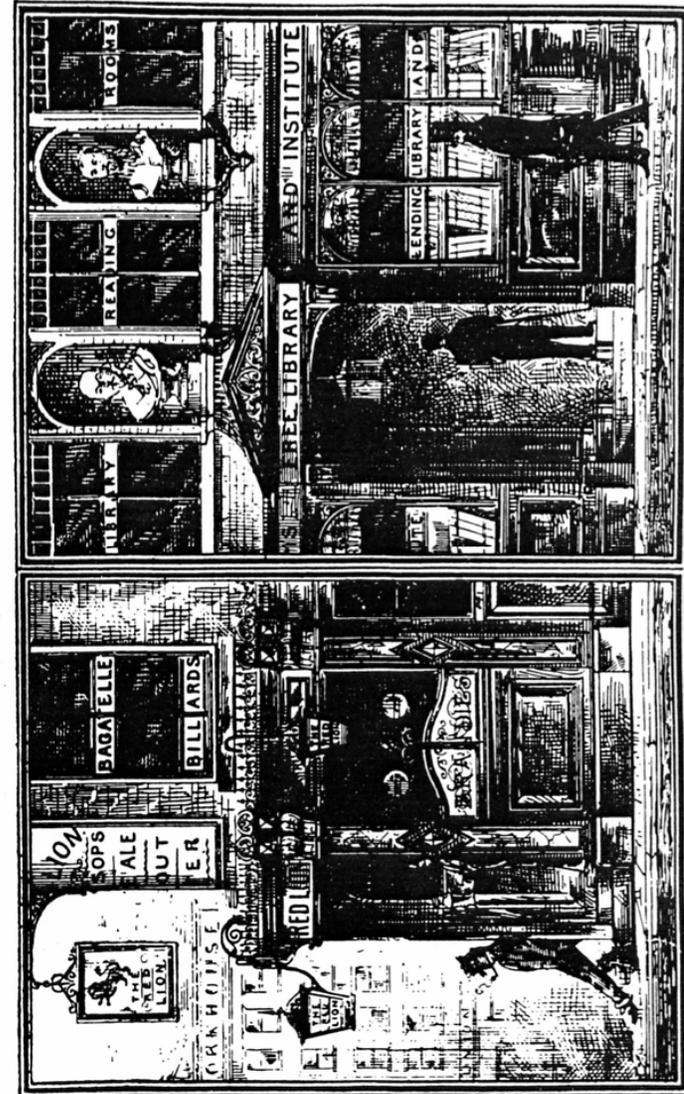
Frente a las bibliotecas parroquiales creadas en el siglo XVIII y al principio del XIX, como hemos visto, por James Kirkwood, Thomas Bray y Samuel Brown, al servicio de la formación religiosa, aparecieron en las primeras décadas del siglo otras orientadas fundamentalmente a la formación profesional de los trabajadores, las de los *mechanics' institutes*, que tuvieron mucho más éxito porque en su fundación y sostenimiento intervinieron los trabajadores beneficiarios de la enseñanza que en ellos se impartía y de la lectura de los libros proporcionados por sus bibliotecas.

La primera surgió espontáneamente en Glasgow, en el Andersonian Institute, rival de la universidad de Glasgow, donde, aparte de las clases, se daban charlas a los obreros explicándoles nociones científicas de interés para su trabajo. Para la mejor comprensión de estas explicaciones se fue formando una pequeña colección de libros, cuya consulta se facilitaba a los que acudían a las clases. El ensayo se consolidó en la tercera década

en Edimburgo y a continuación en Leeds, Newcastle, Aberdeen, Londres, etc., mediante el establecimiento de centros de enseñanza profesional con una biblioteca sostenidos por los obreros, empleados y artesanos que deseaban acudir a las clases y utilizar los libros de la biblioteca. Se considera su creador el escocés George Birkbeck (1776-1841), que orientó el de Glasgow, fundó el de Londres y se preocupó por la puesta en marcha de otros institutos. Las bibliotecas de éstos habituaron a mucha gente a la lectura y su arraigo en la población fue tal que en 1853, y a pesar de que tropezaron siempre con graves problemas de financiación, había unos 700 *mechanics' institutes* con sus bibliotecas, que tenían dos millones de volúmenes y contaban con 120.000 miembros. Los libros se adquirieron, al principio, como apoyo de las clases. Después fue preciso atender a una demanda creciente de obras de carácter literario, periódicos y revistas populares. Hubo bibliotecas de cierto volumen que contaron con bibliotecarios, sala de consulta, salón de lectura y que estaban abiertas doce y más horas diarias.

Su momento de mayor esplendor, cuando hasta pequeñas poblaciones contaban con su instituto, fue alrededor del año 1870. Pronto entraron en decadencia y sus edificios y libros fueron aprovechados por algunas autoridades municipales para establecer las nuevas bibliotecas públicas. En general, su éxito favoreció el desarrollo de éstas, puesto que mostraba la existencia de un amplio público lector; pero, por otra parte, supuso una rémora para su establecimiento en algunas poblaciones donde los institutos funcionaban bien por considerar las autoridades que ya estaban atendidas las necesidades de los lectores.

La formación moral y la profesional fueron las dos grandes corrientes que incidieron en la creación de las bibliotecas públicas inglesas. No hubo demanda de los beneficiarios inmediatos, las clases populares, sino que fueron el fruto del empeño de un grupo minoritario de personas con afanes religiosos y filantrópicos. Es natural que los obreros, aunque algunos sintieran vagos deseos de mejorar su formación cultural y de elevarse socialmente, al llegar a casa después de diez horas de trabajo manual, estuvieran cansados y no sintieran ganas de leer o de estudiar, y que los pocos que fueran capaces de remontar esta situación en-



Propaganda de la biblioteca pública en Inglaterra, enfrentada al bar.

contraran en las bibliotecas de los *mechanics' institutes* la satisfacción de sus ansias.

La filantropía se desarrolló ante el espectáculo del crimen, la indigencia y la ignorancia en que vivían las clases bajas. Los que quisieron combatirlos, encontraron en las bibliotecas un instrumento conveniente para la reforma social y para la conveniente utilización del ocio. Una de las razones más esgrimidas para la creación de bibliotecas fue la lucha contra el alcoholismo. Se trataba de proporcionar a estas gentes libros cuya lectura les retuviera en casa o facilitarles alternativamente un lugar confortable que les alejara de la taberna. La idea tuvo tal fuerza que no faltó alguna biblioteca que en su propaganda ofrecía, además de libros y periódicos, juegos para hombres, buena lumbre e iluminación, café, pasteles, tabaco y bebidas no alcohólicas.

Los reformadores tenían fe en el valor educativo de las buenas lecturas, que facilitaban la toma de decisiones racionales. En cambio, la mala literatura, por ejemplo, las novelas licenciosas traducidas del francés, fomentaba las inclinaciones viciosas de los instintos, lo mismo que los libros socialistas sembraban la rebeldía entre los trabajadores, tema que, por otra parte, preocupaba especialmente a los empresarios; pero más tarde surgieron manifestaciones de que las masas ignorantes eran fácilmente manejadas por agitadores. En este sentido, las bibliotecas públicas prestarían un gran servicio social facilitando lecturas buenas e impidiendo las malas. Además, siguieron alegando, se podía advertir que los lectores se comportaban de forma más correcta y reaccionaban en el trato como personas educadas. Vestían mejor, con más aseo, y su manera de obrar estaba presidida por el orden y la templanza.

Para muchos humanitaristas, cuya confianza en el libro nacía de la propia experiencia, pues muchos tuvieron buenas bibliotecas particulares y todos fueron grandes lectores, no era justo que los libros estuvieran al servicio de unos pocos, evitando así la promoción social. Igual que era precisa una enseñanza universal, lo era también que esta enseñanza se completara con el acceso universal a los libros. En principio, y vista la finalidad de la biblioteca, no parecía natural que en ella hubiera obras de puro entretenimiento, pero fue preciso incluirlas para atraer a los lec-

tores, que se hubieran mantenido alejados si en ellas sólo hubiera habido manuales y libros formativos.

La primera victoria legal de los partidarios de las bibliotecas públicas fue la aprobación de la ley de museos (1845), que permitió a las ciudades de más de 10.000 habitantes la creación de una tasa de medio penique para la construcción de museos, autorización que aprovecharon algunas ciudades para construir un edificio que albergara un museo y una biblioteca.

La segunda etapa fue la creación de un comité para estudiar la conveniencia de establecer bibliotecas gratuitas en las grandes ciudades, en cuyo informe tomó parte muy activa Edward Edwards, que fue el asesor principal de William Ewart, presidente del comité, y partidario de la abolición de la pena de muerte y de la libertad de prensa. Visto el sentido favorable del informe, en 1850 se aprobó, no sin gran resistencia, la famosa ley de bibliotecas públicas que permitía a los ayuntamientos de las ciudades con más de 10.000 habitantes establecer una tasa de medio penique, que debía ser aprobada mediante plebiscito local, en el que, al menos, dos tercios de los votos emitidos fueran favorables.

Las ideas contrarias a la instrucción del pueblo tenían una larga tradición y el holandés Bernard Mandeville (1670-1733), que tanto influyó en los ilustrados del siglo XVIII, decía en *La fábula de las abejas y los vicios privados* que «para conseguir que la sociedad sea feliz y lograr que la gente sea dócil en las condiciones más difíciles, es necesario mantenerla en su mayor parte ignorante y pobre... el bienestar y la felicidad de todo reino o nación hacen necesario que los conocimientos de la clase obrera sean reducidos al círculo formado por su trabajo, y que nunca sean ampliados hasta más allá del mismo... Saber leer, escribir y contar es bueno para quienes su trabajo requiere tales conocimientos, pero en aquellos casos en los que la subsistencia del individuo no depende del conocimiento de estas artes, antes le perjudican que benefician».

Otro pensador inglés había manifestado: «Las escuelas de caridad constituyen otra fuente universal de pereza y de holgazanería: sería muy difícil encontrar algo más destructivo para los intereses y principios constitutivos de una nación que funda su prosperidad en la producción y el comercio que el educar a los

estratos inferiores de la población, ya que esta educación podía llevarlos a condenar el penoso trabajo para el cual nacieron».

Era creencia extendida en la sociedad europea que la contribución del pueblo al orden social consistía en la realización de trabajos mercenarios y serviles, que era una fuente de la riqueza social. En cambio, su condición mental se parecía a la del niño por el predominio del instinto y de la pasión sobre la razón. De ahí que sus conocimientos no debían pasar el círculo de sus ocupaciones, evitando así el peligro de que se sintiera molesto con su condición y pusiera en peligro la estabilidad social.

Los enemigos de las bibliotecas en 1850 levantaron sus voces contra la ley. Alegaron que los obreros llegaban muy cansados a casa y sin ganas de leer; que no era conveniente llevarles información y que, por el contrario, lo sensato era tenerles alejados de ella; que las bibliotecas podían convertirse en escuelas de agitación social y malas costumbres a la vista de algunas de las cosas que se estaban publicando.

Entre los opositores destacó la curiosa figura del *tory* coronel Charles Sibthorp, que combatió la ley porque era una forma de subir los impuestos; porque, como a él nunca le había gustado leer, ni cuando estaba en Oxford, creía que mejor que con bibliotecas se podía hacer felices a las pobres gentes favoreciendo, por ejemplo, el juego del tejo, el peón o el fútbol; porque primero había que enseñar a leer a los que no sabían, pues qué utilidad podrían sacar de las bibliotecas los más desgraciados, los analfabetos; porque el pueblo más que alimento espiritual lo que precisaba era alimento para el cuerpo y porque más valdría que el gobierno se preocupara, por ejemplo, de favorecer la industria nacional.

Cinco años después de la promulgación de la ley (1855), otra nueva autorizó la adquisición de libros, periódicos, mapas, objetos artísticos e instrumentos científicos, así como el pago de los gastos de sostenimiento con el dinero recaudado. Además, amplió el campo de acción de la ley a las poblaciones a partir de los 5.000 habitantes. La primera ciudad en hacer uso de la ley fue Manchester, que abrió su biblioteca con 21.000 volúmenes, después de la obligada votación, en 1852.

410 Las autoridades locales no se sintieron muy atraídas por las

ideas vagas e inconcretas de los patrocinadores de las bibliotecas públicas y consiguientemente no se apresuraron a convocar el plebiscito para su creación. Pero es que tampoco la población se dejó sugerir y no acudió en gran número a las votaciones. Muchas de éstas se perdieron en las primeras convocatorias y las que se ganaron fueron con escaso número de votantes. En los doce primeros años después de la ley se crearon sólo 23 bibliotecas. Después el ritmo de creación se aceleró y en 1883 su número era de 125. No pararon aquí las dificultades de las primeras bibliotecas públicas. Muchas personas no acudieron a ellas en los primeros años porque les parecían instituciones de caridad y preferían las bibliotecas de pago.

## Las bibliotecas públicas en Estados Unidos

Los habitantes de las colonias inglesas en Norteamérica disponían de pocos libros, muchos menos que los habitantes de Europa, pues ni el comercio del libro era tan floreciente, ni había bibliotecas similares a las que en el viejo continente poseían las universidades, la Iglesia o la nobleza.

Para paliar este estado de cosas surgieron en el siglo XVIII, como hemos visto, dos tipos de bibliotecas, las parroquiales y las de asociaciones. Ya en el siglo XIX aparecieron nuevos tipos de bibliotecas tratando de cubrir las necesidades de determinados grupos, como las *mercantile libraries*, dirigidas, en primer lugar, a mejorar la formación de los empleados administrativos de los comercios, aunque no estuvieron cerradas a otras personas. Fueron sufragadas con donativos de los comerciantes y con el pago de cuotas por los beneficiarios. Naturalmente sus libros trataban de temas relacionados principalmente con las actividades comerciales, pero no faltaban los de carácter histórico y literario. Otro tipo de biblioteca, definido por sus principales clientes, fueron las de los aprendices, cuya actividad y contenido fue similar a las de los *mechanics' institutes*, con las mismas características de los ingleses, pues facilitaban enseñanzas y libros, las primeras de carácter científico y técnico, y los segundos del mismo carácter y además literarios.

Otros grupos de bibliotecas específicamente norteamericanos

411

y cuyo desarrollo coincidió con el de las públicas, fueron las creadas por la Young Men's Christian Association (YMCA), cuya primera biblioteca se estableció en Boston en 1851. Crecieron rápidamente y en 1859 había casi 500 asociaciones con biblioteca abierta libremente al público, que totalizaban más de 150.000 volúmenes.

Aunque se ha considerado la primera biblioteca pública americana la que en 1833 creó el municipio de Peterborough, New Hampshire, porque estaba sostenida con fondos municipales y abierta gratuitamente a todos los miembros de la comunidad, este puesto realmente le corresponde a la de Boston, que se abrió en marzo de 1854 y cuya autorización había sido dada por la legislatura del Estado seis años antes.

En su creación intervino activamente el hispanista George Ticknor, que propuso en 1826 a Daniel Webster la unión de las bibliotecas de la ciudad para formar una sola importante bajo la dependencia municipal, esperando que lo que se ahorrara en gastos generales sirviera para incrementar la partida destinada a la compra de libros, que debían adaptarse a las aficiones de las gentes y prestarse, aunque hubiera que comprar más de un ejemplar de la misma obra, para que pudieran ser leídos en los domicilios particulares. La biblioteca, en su sentir, sería la coronación gloriosa de la escuela pública.

No tuvo éxito Ticknor en ese momento, pero la idea fue ganando terreno y en 1852 él y Edward Everett redactaron un informe que justificó la creación de la biblioteca y en el que afirmaban que era un deber facilitar a todos la lectura, como la enseñanza, pues no sólo era una parte de ésta, sino la más importante. Era preciso desarrollar los medios de información e inducir a leer al mayor número de personas para que conocieran las cuestiones que afectaban a los fundamentos del orden social, sobre las que continuamente debían tomar decisiones, que tenían que basarse en el conocimiento de los hechos, no en su ignorancia. Enunciaban así una de las justificaciones esenciales de las bibliotecas públicas, la necesidad de que los ciudadanos tuvieran la conveniente información para intervenir en la vida democrática.

La biblioteca se abrió desde el primer momento doce horas y media diarias, excepto los domingos, de 9 de la mañana a 9,30

de la noche para los mayores de dieciséis años. Se podía retirar en préstamo un libro por catorce días. Creció rápidamente por generosos donativos y por los recursos que puso a su disposición la municipalidad. En 1868, con casi 150.000 volúmenes y 50.000 folletos, ocupaba el segundo puesto en los Estados Unidos, detrás de la Biblioteca del Congreso, que la superaba ligeramente.

Tuvo la suerte de encontrar dos grandes directores en sus primeros años, Charles Coffin Jewett, que fue una autoridad en catalogación, y Justin Winsor, que facilitó la lectura popular, creó sucursales y confeccionó listas de libros recomendados.

El nacimiento y desarrollo en Estados Unidos de las bibliotecas públicas no fue tan polémico como en Inglaterra y lo hicieron posible la creciente urbanización y la riqueza de algunas personas, que fueron después generosos benefactores, así como el que las finanzas de las ciudades fueran suficientes para sostener tanto los gastos de la enseñanza como los de bibliotecas. También el que las personas cultas e influyentes que habían visitado Europa envidiaban las facilidades para el trabajo que en sus bibliotecas encontraban los estudiosos.

Existía en la sociedad americana una creencia generalizada en la perfectibilidad del hombre a través de la enseñanza y de la lectura y por ello ambas debían ser gratuitas y pagadas con fondos públicos. La biblioteca podía ser un buen instrumento de la educación de los inmigrantes, que debían conocer las instituciones americanas e integrarse en ellas. En el orden del trabajo, la acción de la biblioteca podía ser muy importante por la necesidad de preparar a la gente para las nuevas profesiones, pues estaba perdiendo terreno el tradicional sistema del aprendizaje, y para facilitar a los ambiciosos el triunfo en la vida. De todas formas, las bibliotecas americanas no buscaron la recogida y rehabilitación de los pobres. Fueron concebidas por personas con buena cultura y ricas y no se orientaron fundamentalmente a satisfacer necesidades elementales.

Las legislaciones estatales fueron autorizando la constitución de bibliotecas públicas, pero, como en Inglaterra, no todas las ciudades respondieron con prontitud a la invitación y hasta los últimos años del siglo el desarrollo fue lento. En 1890 sólo 7

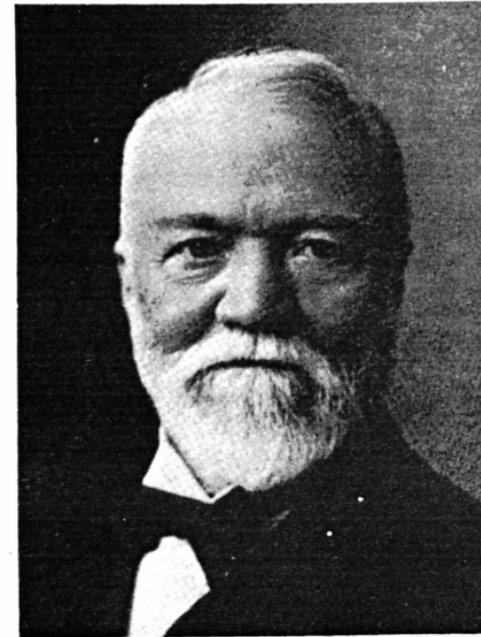
de las 16 mayores capitales norteamericanas tenían biblioteca sostenida con fondos municipales. El cambio a favor de la implantación de bibliotecas públicas se debió a la acción de generosos benefactores. Por ejemplo, la biblioteca de Nueva York no se constituyó hasta 1895, cuando se reunieron tres grandes bibliotecas fundadas, respectivamente, por John Astor, James Lenox y Samuel J. Tilden, y no se perfeccionó hasta que la nueva biblioteca, que era de consulta, se puso de acuerdo con la New York Free Circulating Library en 1901.

Pero el mayor benefactor de las bibliotecas fue Andrew Carnegie (1835-1919), que de niño había emigrado desde su Escocia natal y terminó dominando la industria del acero. Llamado el santo patrón de las bibliotecas, donó más de 56 millones de dólares para construcción de 2.509 edificios de bibliotecas en países de habla inglesa, iniciando esta actividad con la biblioteca de su lugar de nacimiento, la ciudad escocesa de Dunfermline.

Sus ideas filantrópicas fueron expuestas en un ensayo, «El evangelio de la riqueza», en 1899. El hombre rico debía vivir sin lujos y el exceso de sus ganancias emplearlo en la promoción y felicidad del hombre común. No le gustaba que le llamaran filántropo, sino simplemente distribuidor de una riqueza de la que se consideraba depositario, no dueño.

El dinero debía destinarse a la ayuda de los capaces, de los que supieran utilizarlo convenientemente para su promoción. De ninguna manera debía dedicarse a limosnas. Según Carnegie, las inversiones filantrópicas no debían dirigirse a obras de caridad o beneficencia, sino preferentemente, y por este orden, a universidades, bibliotecas, centros médicos, parques públicos, salas de actos, baños públicos e iglesias. Para estas finalidades, así como para la paz, entregó el 90 por 100 de su cuantiosa fortuna.

El mejor regalo para una comunidad era, en su opinión, una biblioteca, siempre que la comunidad aceptara sostenerla, como hacía con las escuelas. A cambio de la construcción del edificio de la biblioteca, la ciudad debía comprometerse a contribuir a su posterior funcionamiento con una cantidad equivalente al 10 por 100 del donativo, lo que venía a equivaler a dos dólares per cápita. No resultó su figura, a pesar de sus donativos, simpática a todo el mundo y no faltaron comunidades que rehusaron su ayuda, su



Andrew Carnegie, el más grande benefactor de las bibliotecas.

sucio dinero, que procedía de la explotación de los obreros y especialmente por el mal comportamiento de su empresa durante una famosa huelga.

La confianza en el libro le vino por propia experiencia. De niño en Escocia vio que su padre y unos compañeros se habían puesto de acuerdo para comprar libros cooperativamente que uno de ellos leía en alta voz mientras trabajaban. Después, porque en Pittsburgh tuvo durante su juventud acceso a una biblioteca fundada por un tal coronel Anderson cuyos libros leyó con pasión, y finalmente porque el libro es el mejor instrumento para la formación autodidacta, para el self-made man, el hombre que por su propio esfuerzo sale de la pobreza o de la oscuridad.

Al finalizar el siglo, vendió su negocio a Morgan y se dedicó de lleno a repartir el dinero, según sus ideas benefactoras. En 1911, ocho años antes de su muerte, fundó la Carnegie Corporation of New York para concentrar y ordenar sus esfuerzos. La fundación ayudó a instituciones artísticas y musicales, a la educación de adultos, a la instauración de la paz y al progreso de la población negra. También se preocupó de los modernos medios de información, desde el microfilm, hasta los ordenadores, pasando por la televisión educativa.

Las bibliotecas norteamericanas le deben ayudas para la formación de bibliotecarios, por haber encargado estudios y subvencionado el establecimiento de escuelas de biblioteconomía en universidades; o para favorecer la creación del Farmington Plan por el que un grupo de universidades se pusieron de acuerdo para especializarse cada una en una región mundial, de forma que, al menos una, comprase todo lo importante referente a ella. Ayudó a la American Library Association para que estudiara la mejora de los servicios bibliotecarios, ayudas que permitieron, por ejemplo, la confección de los famosos *standards*, y concedió grandes cantidades a diversas bibliotecas, incluso en África, para la adquisición de libros, etc.

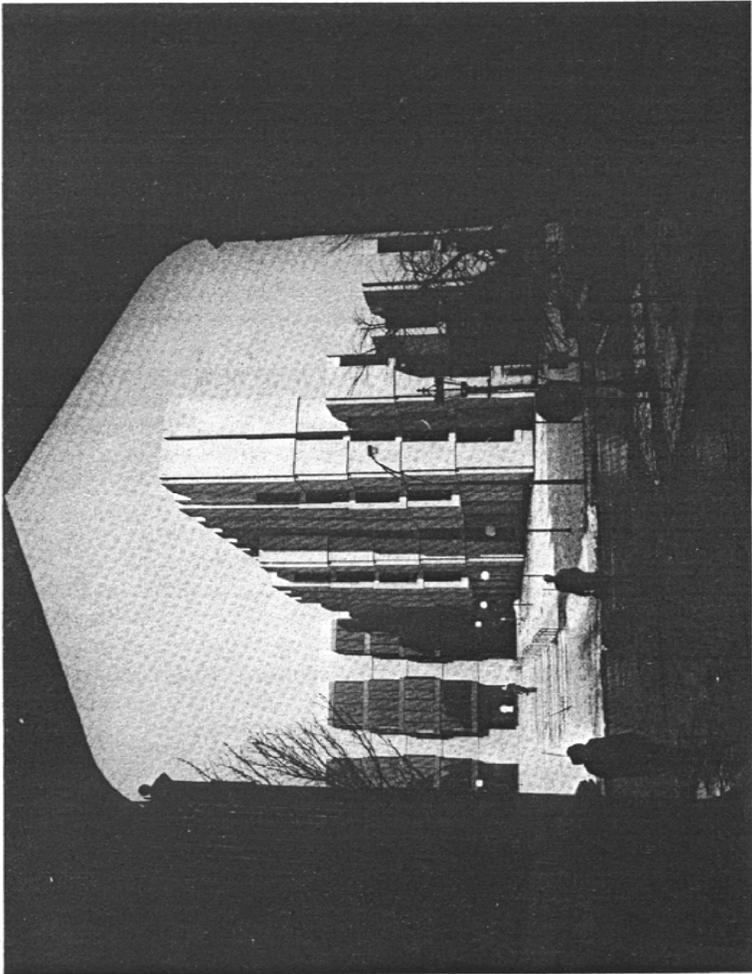
El gran desarrollo de las bibliotecas norteamericanas se debió fundamentalmente al gran desarrollo económico del país que vino tras la Guerra de Secesión (1861-65), pero la influencia de Carnegie fue enorme, en primer lugar porque lo aceleró y, poste-

riormente, porque hizo posible las mejoras cuantitativas y cualitativas que llevaron a las bibliotecas norteamericanas a un primer puesto mundial.

El establecimiento de las bibliotecas públicas en Estados Unidos supuso un cambio radical en la función bibliotecaria. Las bibliotecas, a partir de entonces, ya no fueron consideradas como memorias del pasado y archivos de la sabiduría humana, sino como instituciones educativas, y como tales influyeron fuertemente en la conformación de la civilización norteamericana primero y en la del resto de los países después, pues ellas, y las universitarias y escolares que se fueron desarrollando paralelamente dentro del mismo espíritu, elevaron el nivel cultural del pueblo, favorecieron su formación política y ayudaron a los individuos en su trabajo personal y en su lucha por el triunfo en la vida.

El movimiento bibliotecario surgió de abajo arriba, con un sentido verdaderamente democrático, en parte quizá porque los bibliotecarios norteamericanos estaban libres, a diferencia de los europeos, del peso de una larga tradición, y, en parte, porque la aventura era posible en la maleable sociedad norteamericana del siglo XIX, donde hombres decididos y con ideas originales podían crear grandes imperios, como, por ejemplo, Carnegie en la industria del acero, Morgan en la banca y Rockefeller en el petróleo.

Una serie de eminentes bibliotecarios unieron a su formación intelectual superior dotes organizativas, imaginación y fe en la perfección del hombre a través del conocimiento, al que se llegaba en una primera etapa por la enseñanza y posteriormente por el libro. Entre ellos, los padres de la moderna biblioteconomía, destacan Charles Coffin Jewett (1816-68), que nació en Maine, fue bibliotecario de la Smithsonian Institution de Washington, redactor de unas famosas normas de catalogación y, por último, superintendente de la Biblioteca Pública de Boston; William Frederick Poole (1821-94), de Salem, estudió en Yale, fue director de la Biblioteca del Ateneo de Boston y luego sucesivamente de las bibliotecas públicas de Cincinnati y Chicago, para terminar dirigiendo la de una gran fundación, la Newberry Library, de Chicago; Justin Winsor (1831-97), nacido en Boston y educado en Harvard, historiador y superintendente de la Biblioteca Pública de Boston, luego director de la universitaria de Harvard,



Vista exterior de la Regenstein Library, Universidad de Chicago.



Vista interior de la Regenstein Library.

sintió una especial preocupación por descubrir las necesidades de los lectores y atenderlas; Charles Ammi Cutter (1837-1903), nacido en Boston y formado en Harvard, dirigió la Biblioteca del Ateneo bostoniano y creó un sistema de clasificación, que, aunque no pudo desarrollar del todo, fue parcialmente utilizado en el de la Biblioteca del Congreso; John Cotton Dana (1856-1928), natural de Vermont, abogado y predicador, fue sucesivamente director de las bibliotecas públicas de Denver, Springfield y Newark; y Melvil Dewey (1851-1931), de New York, director de la biblioteca universitaria de la Columbia y después de la del Estado de New York, luchador y activo organizador a él se debe el sistema de clasificación más extendido, la llamada Clasificación Decimal de Dewey, y el establecimiento de los primeros cursos de enseñanza profesional.

Todos ellos tuvieron una participación muy activa en la creación y funcionamiento de la American Library Association o ALA, así como en el de la revista de los bibliotecarios norteamericanos, *Library Journal*, gracias a las cuales surgió, se unificó y se difundió el moderno pensamiento bibliotecario; se adoptaron técnicas comunes y se establecieron servicios de cooperación muy efectivos, que transformaron una serie de bibliotecas totalmente independientes y expuestas al aislamiento en una organización nacional, íntimamente entrelazada, que perseguía las mismas finalidades, utilizaba iguales medios y procedimientos, y, gracias a ellos también, se creó el servicio de préstamo interbibliotecario, que puso a disposición de todos los norteamericanos las inmensas colecciones bibliográficas guardadas en las bibliotecas de la nación.

Esta generación de bibliotecarios nuevos, porque fueron los primeros profesionales, construyó amplios edificios funcionales capaces de recibir las grandes cantidades de libros que no dejaban de llegar, y de permitir una circulación fluida de los lectores; diseñó depósitos de seguridad, contra el fuego y el robo, cerrados, para conservar los libros muy usados y ya de poca demanda, y estanterías que permitían fácil colocación de los libros y acceso de los lectores a ellos; introdujo nuevos medios de trabajo desde el teléfono a la máquina de escribir; creó normas de catalogación y sistemas de clasificación para mantener ordenados los libros y

permitir su pronta localización por los lectores; atendió a las variadas necesidades de los lectores con la formación de colecciones especiales para niños, médicos, hombres de negocios, residentes en hospitales, etc.; imaginó medios de extensión bibliotecaria para satisfacer a los que no podían desplazarse a la biblioteca, como la apertura de sucursales en barrios, servicio dominical, designación de depositarios para el préstamo a algunos almacenes; incorporó materiales no librarios, como discos, diapositivas, objetos artísticos; organizó actividades culturales, como exposiciones y conferencias, etc., dando así una idea clara de que eran conscientes del nacimiento de una nueva institución social, que precisaba nuevas técnicas, origen de una nueva disciplina, la biblioteconomía, a la que ellos llamaron *librarianship*, y una nueva profesión, la de bibliotecario, a la que debieron de dotar de una ideología e independizarla de la tutela de la enseñanza. Las públicas, hasta que tuvieron su propio Consejo, dependieron del de enseñanza, y en las universidades fue duro el conflicto entre los bibliotecarios, que aspiraban a una biblioteca centralizada, y los profesores que preferían bibliotecas de facultad para tener más cerca los libros.

Para la formación de los miembros de la nueva profesión recurrieron a charlas, artículos, manuales y cursos, a los que acudieron, desde el primer momento y en gran cantidad, mujeres, cuya presencia no agradó a los profesores de algunas universidades como los de la Columbia de New York, lo que proporcionó grandes disgustos a Melvil Dewey, que fue el iniciador de esta enseñanza precisamente en esta universidad.

## Bibliotecas francesas y alemanas

Muy distinta fue la evolución durante el siglo XIX de las bibliotecas públicas francesas, que surgieron a consecuencia de la incautación ordenada por los revolucionarios franceses de las bibliotecas de la Iglesia y de las de los nobles emigrados. Los libros requisados, que no se perdieron o fueron a parar a manos de particulares por compra o sustracción, se entregaron a la Biblioteca Real, a otras bibliotecas existentes y con otros, varios millones, de los cuales dos tercios eran de escasa o ninguna

utilidad, se establecieron depósitos y bibliotecas en la capital y en provincias.

La custodia de los almacenes habilitados para acoger y conservar los libros fue confiada a las autoridades municipales en provincias; más tarde, el gobierno creó bibliotecas de distrito, en cabeceras de comarcas, y, cuando éstos fueron suprimidos, se instituyeron las bibliotecas departamentales, cuyos fondos debían instalarse en unos nuevos centros de enseñanza media, las escuelas centrales, y estar, además de a la disposición de alumnos y profesores, a la del público en general.

Las autoridades municipales de algunas poblaciones transformaron los depósitos a ellas confiados en bibliotecas públicas con escaso éxito. En primer lugar porque las obras no tenían interés para la población por su carácter erudito y poco actual; después, porque no concedieron, a la vista del poco interés de la población por ellas, los recursos económicos necesarios para su funcionamiento y, por último, porque designaron para atenderlas personas sin la calificación adecuada para administrarlas y catalogar los libros.

En París, por ejemplo, fue nombrado director de la biblioteca del Arsenal, devuelta a su antiguo propietario el conde de Artois, Carlos Nodier por el mérito de ser un gran bibliófilo, y Sainte-Beuve y Leconte de Lisle de las bibliotecas de Mazarino y del Senado. También obtuvieron una semisinecura otros poetas, como J. M. de Heredia y Jules Sandeau. En provincias fue frecuente que los directores de las bibliotecas municipales fueran militares o marinos retirados. Esta es la razón de la escasa utilidad social de estas bibliotecas, tachadas de elitistas y polvorientas, que se convirtieron en mero refugio de unos pocos historiadores y bibliófilos locales.

Su pecado original fue que no nacieron para atender a las necesidades informativas y recreativas de los nuevos sectores sociales cada año más amplios que sabían leer y sentían interés por la lectura. Por ello la demanda de lectura que no encontró satisfacción en las bibliotecas del estado y del municipio, se dirigió a la compra de libros y consecuentemente el siglo XIX fue un siglo muy brillante para la edición y la librería francesas.

Las clases medias urbanas recurrieron también a los gabinetes de lectura establecidos por las librerías y a las bibliotecas de

sociedades y clubes. En el campo, los buhoneros ofrecían a los campesinos lo que los franceses llaman literatura de *colportage* y nosotros pliegos de cordel: calendarios, aleluyas, historias populares y canciones, tipo de literatura menor al que eran aficionadas igualmente las clases bajas de las ciudades, a las que también agradaban unas historietas llamadas *canards*.

Estas bibliotecas nacieron simplemente para evitar la pérdida de una gran riqueza bibliográfica de siglos pasados que se consideraba patrimonio nacional. De ahí que la principal preocupación de las autoridades fuera inventariar sus fondos. Con este fin se creó la *École des Chartes* en 1821, recreada unos años más tarde, que ha venido preparando grandes profesionales en la historia del libro, pero cuyo interés se centró más en la conservación de los fondos que en facilitar la lectura al público en general.

Sumando el carácter erudito de estos fondos a la formación también erudita de los bibliotecarios franceses, que se llaman conservadores, no es sorprendente que las bibliotecas francesas vivieran en el siglo XIX de espaldas a las necesidades de la población y sin sumarse al movimiento de lectura pública y popular, con libros modernos de carácter científico, técnico y literario, que se desarrolló brillantemente en Inglaterra y Estados Unidos.

Un tímido paso en la mejora de las condiciones de las bibliotecas se dio en 1832 cuando pasaron de la dependencia del Ministerio del Interior a la del de Instrucción Pública. Pero aunque se construyeron algunos edificios, se modernizó la instalación de otras bibliotecas y se avanzó en la catalogación de los fondos, las bibliotecas hijas de la Revolución continuaron cerradas para la mayoría de la población y fueron más monumentos históricos que instituciones vivas al servicio de la comunidad como soñaron en los primeros momentos los revolucionarios de 1789 cuando proclamaban la igualdad de los hombres y creían que el pueblo podía aumentar su cultura teniendo a su disposición las producciones intelectuales del pasado.

Sin embargo, no faltaron algunos intentos de atender al público popular, al margen de la organización bibliotecaria oficial, protagonizados por grupos católicos, asociaciones privadas como los Amis de l'Instruction y la Société Franklin, muni-

cipios, como el de París, y por el propio Ministerio de Instrucción Pública.

\* Al comenzar el siglo XIX las bibliotecas alemanas sufrieron los efectos de la Revolución francesa y de las guerras napoleónicas. Muchas cambiaron de dueño y fueron incautados los libros de las monacales en las regiones católicas, que pasaron a las grandes bibliotecas existentes, como las de Munich y Breslau. Con otros se formaron, al igual que había sucedido en Francia, depósitos, que terminaron siendo la base de futuras bibliotecas provinciales o de distrito. Además, libros valiosos fueron, especialmente en Renania, incautados por las autoridades francesas, deseosas de engrandecer a toda costa su Biblioteca Imperial.

No faltó en Alemania interés por la lectura pública, pero no llegó a cuajar en un movimiento similar al de los Estados Unidos o Inglaterra. Los estados y las ciudades intentaron satisfacer esta demanda, pero los resultados fueron muy desiguales porque faltó una política nacional.

Las bibliotecas de alta cultura, como las universitarias, contaron con medios económicos y realizaron una gran labor. Muchas fueron instaladas en modernos edificios y dispusieron de estupendos profesionales, que en muchos aspectos de la biblioteconomía estaban a la cabeza del mundo e hicieron aportaciones principales en los sistemas de catalogación y clasificación de los libros. El código de catalogación principal alemán, *Preussische Instructionem*, que influyó en las normas españolas, apareció en 1889.

## La Biblioteca del Congreso y otras bibliotecas nacionales

En la conversión de las independientes bibliotecas norteamericanas en una organización nacional tuvo un papel decisivo la actuación de la Biblioteca del Congreso, que durante la primera mitad del siglo XIX se limitó a ser una biblioteca especial al servicio de los congresistas y de los miembros del gobierno.

Surgió con el siglo XIX, cuando el Congreso se estableció definitivamente en Washington. Sus inicios desde 1802 fueron muy modestos. Establecida en una habitación, sólo había alcanzado



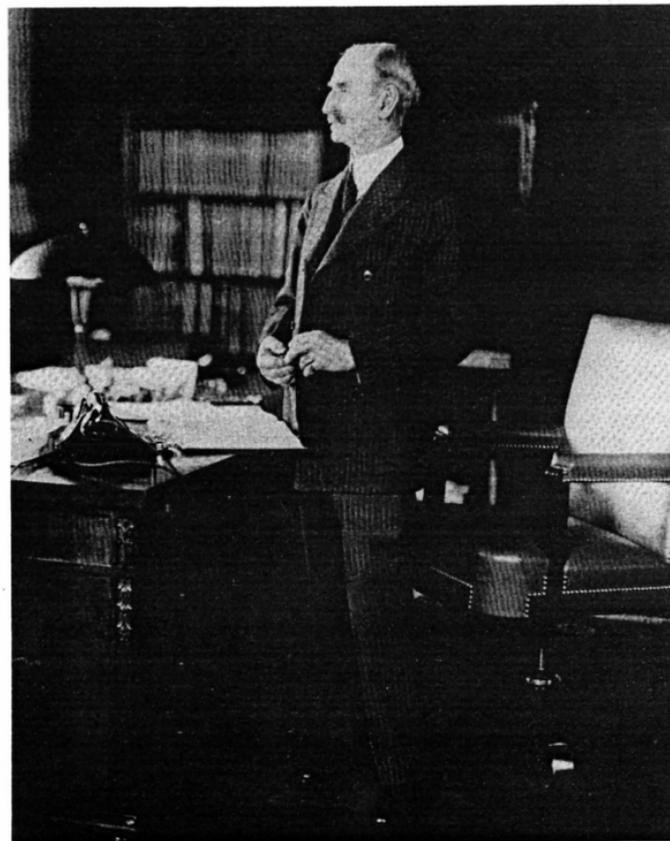
Biblioteca del Congreso. Washington.

3.000 volúmenes en 1814 cuando fue incendiado el Capitolio, donde se encontraba, por las tropas británicas. Se rehizo con la biblioteca privada (6.500 volúmenes) del ex presidente Jefferson y en 1824 fue instalada en el nuevo edificio del Capitolio, donde sufrió otro incendio en el que se perdieron parte de los 50.000 libros que había reunido.

La idea de dotar al país de una Biblioteca Nacional estuvo a punto de realizarse a mediados de la centuria, aunque esta misión iba a recaer en la de la Smithsonian Institution por la iniciativa de su bibliotecario, Charles Coffin Jewett, autor de un ambicioso plan para la reunión de la bibliografía nacional y de la propuesta de la ley del depósito legal, que concedió sendos ejemplares de las obras acogidas al Copyright a las bibliotecas del Congreso y de la Smithsonian Institution. Pero Jewett tuvo que dimitir y marchó a Boston donde fue nombrado superintendente de la recién creada biblioteca pública.

El que consiguió para la Biblioteca del Congreso el primer puesto en el país y su carácter de Biblioteca Nacional fue otro de los grandes bibliotecarios norteamericanos, Ainsworth Rand Spofford (1825-1908), periodista, que entró en la biblioteca como simple bibliotecario en 1861 y cuatro años más tarde fue nombrado por Lincoln director, cargo que ocupó treinta años. La Biblioteca contaba entonces con 82.000 volúmenes y siete empleados. Spofford a través de compras, y también de la ley del depósito legal de 1870, procuró con éxito reunir en ella los escritos norteamericanos de cualquier materia, y sin renunciar por ello a su misión de biblioteca al servicio del gobierno. Los libros crecieron con tal velocidad que fue preciso construir un edificio nuevo que cuando se terminó, en 1897, fue considerado por su iluminación bien resuelta, sus estanterías metálicas y la bondad de los materiales de construcción, el mayor, más seguro y costoso de los edificios bibliotecarios del mundo. Esto obligó a un aumento considerable del personal y a la búsqueda de un sistema de clasificación que sirviera para la abundante colección. Se terminó creando uno específico con el cual se recatalogaron y reclasificaron todos los fondos.

Tras de una encuesta en el Congreso, en la que los principales bibliotecarios criticaron la actuación de Spofford y pidieron un



George Herbert Putnam ha sido uno de los más sobresalientes directores de la Biblioteca del Congreso.

mayor protagonismo entre las bibliotecas del país para lo cual debía ser la mejor organizada y la mejor dotada, le sucedió (1899) el neoyorquino George Herbert Putnam, que había sido director de la Biblioteca Pública de Minneapolis y de las bibliotecas del Ateneo y Pública de Boston. Su nombramiento fue un triunfo de los bibliotecarios que deseaban que el puesto fuera ocupado por un profesional. Puso en marcha la venta y distribución de las fichas catalográficas que han sido y siguen siendo utilizadas por la mayoría de las bibliotecas del país, patrocinó el canje nacional e internacional de publicaciones y fomentó el préstamo interbibliotecario y la creación del National Union Catalogue. Creó la biblioteca nacional de ciegos y consiguió la construcción de un anejo, que antes de pasar un cuarto de siglo se quedó pequeño, por lo que ha sido preciso construir otro mayor que lleva el nombre del presidente Madison. Cuando se retiró, en 1939, Putnam era el más respetado de los bibliotecarios americanos y la Biblioteca la que contenía la más amplia colección bibliográfica del mundo, con valiosos manuscritos y libros raros, secciones especiales, como la de música, y numerosas más sobre temas muy variados.

Hoy las cifras de la biblioteca parecen fantásticas. Sobrepasa los ochenta millones el número de piezas, que se incrementan anualmente con un millón más. De ellas más de veinte millones son libros. Tiene 4.500 incunables y numerosos libros raros y manuscritos valiosos, así como grandes colecciones especializadas en obras chinas, japonesas, hebreas, eslavas, españolas, etcétera. En general, posee una muy rica y completa colección de todo lo que se imprime en el mundo y sus fondos más voluminosos corresponden al grupo de ciencias sociales y lengua y literatura. Sus catálogos tienen más de sesenta millones de fichas, sirve anualmente tres millones de libros en sus locales y presta para su consulta fuera más de 100.000. Dispone de más de 5.000 empleados y de un presupuesto superior a los doscientos millones de dólares.

Existen en los Estados Unidos dos bibliotecas complementarias de la Biblioteca del Congreso que reciben el nombre de nacionales. En primer lugar está la Biblioteca Nacional de Medicina, situada en Bethesda, junto a la capital, pero ya en el estado

de Maryland. Fundada en 1836 como Biblioteca Médica del Ejército, en la actualidad, con sus dos millones de volúmenes, es la mayor biblioteca médica del mundo. Desarrolló un catálogo de materias indizando los artículos de las revistas profesionales, que le permitió, cuando fue posible la utilización de ordenadores en las tareas bibliográficas, la organización del sistema MEDLARS (Medical Literature Analysis and Retrieval System), que ha permitido la edición del *Index Medicus*, capaz de proporcionar rápida información sobre cualquier cuestión médica. La otra biblioteca nacional es la National Agricultural Library (Beltsville, Maryland), fundada en 1862, cuyo crecimiento y volumen han llegado a ser semejantes a los de la anterior y cuyo fondo, unos dos millones de volúmenes, además de en las materias agrarias, está especializado en botánica, zoología y química.

Rematemos el capítulo con la rápida mención de tres bibliotecas nacionales, dos rusas y una italiana, surgidas en este siglo.

Durante el siglo XIX, y las dos primeras décadas del presente, la biblioteca mayor de Rusia, y la que podía considerarse Biblioteca Nacional fue la Pública e Imperial de San Petersburgo, cuyos inicios arrancan de finales del siglo XIX cuando Catalina la Grande quiso fundar una gran biblioteca a base de los libros que formaban la creada en Varsovia por los hermanos Zaluskie incautada por las tropas rusas en 1796; cuyos fondos eran ricos en libros polacos y de los países occidentales europeos, pero pobres en libros rusos, defecto que fue pronto corregido en Rusia con la concesión del depósito legal a favor de la nueva biblioteca y con la compra de colecciones nacionales. También se sumaron a los 250.000 libros y manuscritos traídos de Varsovia, importantes adquisiciones hechas en el exterior, como la colección formada por Dubrovski, que consiguió, durante la Revolución Francesa, valiosos manuscritos depositados en la abadía de Saint Germain des Prés, entre los que había algunos procedentes del viejo monasterio de Corbie y que allí habían llevado los benedictinos para preparar sus ambiciosos estudios históricos.

No pudo abrirse al público hasta 1814, muerta ya Catalina, y el primer crecimiento importante se produjo en la segunda mitad del siglo, en que llegó a ser, por sus dimensiones, la segunda del mundo después de la Nacional de París; el segundo fue a causa

de la Revolución Soviética, como consecuencia de la cual ingresaron varios millones de obras procedentes de otras bibliotecas privadas y públicas confiscadas. En 1932 fue rebautizada con el nombre del escritor M. E. Saltykov-Shchedrin, cuando había cedido el primer puesto entre las bibliotecas rusas a la Biblioteca Nacional de la URSS Lenin, de Moscú. En la actualidad posee unos veinte millones de piezas, entre ellas la más completa colección de obras rusas anteriores a la Revolución y de obras extranjeras sobre Rusia; la biblioteca de Voltaire; 5.000 incunables; los archivos musicales de los grandes compositores rusos; el más antiguo manuscrito ruso fechado (siglo XI), el *Evangelio de Ostromir*, etc.

En estos momentos, la Biblioteca Nacional de la URSS es la mencionada Biblioteca Lenin de Moscú, que abrió sus puertas en 1862 como parte del museo fundado por el conde Rumiantsev, instalado en un bello edificio muy cerca del Kremlin. Gozó pronto del depósito legal, lo que le permitió aumentar sus fondos, lo mismo que los donativos, que no le faltaron, de escritores y generosos mecenas, llegando antes de la Revolución a reunir un millón de piezas. Aunque antes de ésta no fue muy frecuentada, a ella acudieron famosos escritores como Tolstoi, Dostoievski y Chejov, y científicos eminentes, como Mendeleiev.

El triunfo de la Revolución y el traslado de la capital a Moscú la convirtieron en la biblioteca central del país y en la favorecida receptora de más de siete millones de piezas procedentes de las bibliotecas incautadas. Fue protegida especialmente por Lenin, que la utilizó mucho, y por él en 1925 se convirtió en nacional. Desde entonces ha sido grande el crecimiento de sus colecciones, cerca de treinta millones de piezas, entre ellas doce millones de libros, a los que hay que sumar una cantidad similar de volúmenes de periódicos, más cientos de miles de mapas, partituras y rollos de microfilm. Tiene libros y manuscritos en 347 lenguas, entre las cuales se cuentan las 91 de los pueblos que integran la URSS. Atendida por 3.000 personas, dispone de 2.600 puestos de lectura distribuidos en 26 salas especializadas en diversas materias. Atiende a más de dos millones de lectores al año, a los que presta unos doce millones de obras impresas.

La Biblioteca orienta el trabajo de las otras bibliotecas a tra-

vés de la sección de Metodología; resuelve cuestiones bibliográficas en la de Bibliografía; estudia la mecanización en la de Automatización, y realiza investigaciones sobre los rendimientos de los servicios bibliotecarios y los hábitos de lectura de los diversos grupos sociales y regionales en la de Investigación Bibliotecónica y Bibliográfica. El fruto de su actividad se refleja en los 350 títulos que publica anualmente, entre los que destaca el enorme repertorio (30 volúmenes) con un nuevo sistema de clasificación bibliográfica (BBK).

Consecuencia de la unidad política italiana fue la fundación (1875) en Roma de la Biblioteca Nazionale Vittorio Emanuele II, abierta al público al año siguiente con 120.000 volúmenes, la mayoría de los cuales procedía de los conventos de Roma suprimidos. El crecimiento de su colección fue grande en el siglo XIX y en el XX, por lo que a mediados de éste fue preciso pensar en un nuevo edificio, al que fue trasladada en 1975. En este nuevo local dispone de 1.200 puestos de lectura y en sus depósitos guarda dos millones y medio de volúmenes, entre ellos cerca de 2.000 incunables y más de 6.000 manuscritos. A sus actividades nacionales nos hemos referido anteriormente.

## Bibliografía del capítulo

- Barnett, Graham Keith: *Histoire des bibliothèques publiques en France de la Revolution à 1939*, Paris, 1987.
- Foskett, D. J. (ed.), *Reader in comparative librarianship*, Englewood, 1976.
- Hamman, A.-G.: *L'épopée du livre. Du scribe à l'imprimerie*, Paris, 1985.
- Harris, Michael H. (ed.): *Reader in American Library History*. Washington, 1971.
- Kelly, Thomas: *History of Public Libraries in Great Britain 1845-1975*, London, 1977.
- Lyons, Martyn: *Le triomphe du livre. Une histoire sociologique de la lecture dans la France du XIX<sup>e</sup> siècle*, Paris, 1987.
- Martin, Henri-Jean: *Le livre française sous l'Ancien Régimen*, Paris, 1987.
- Murison, William John: *The Public Library*, London, 1955.
- Radford, Neil A.: *The Carnegie Corporation and the Development of American Colleges*, Aldershot, 1984.
- Richter, Noël: *Les bibliothèques populaires*, Paris, 1978.